

RELACIONES PS-PDC

ANALISIS Y PERSPECTIVAS.

SEBASTIAN JANS

1987

7. 731687 - 730762

I. PERSPECTIVA HISTORICA.

En la década de los 30, en medio de los efectos de la crisis económica desatada por la Gran Depresión y la crisis institucional provocada por la dictadura de Ibañez, en el periodo de la reconquista oligárquica de la estructura del Estado y de la reemergencia del movimiento social, surgen varias organizaciones políticas, entre las cuales se encuentran la Falange Nacional (antecesora directa del PDC) y el Partido Socialista.

La primera tendría un largo proceso de configuración que se inicia con su constitución fraccional al interior del Partido Conservador (la Falange Conservadora), hasta desmembrarse y adquirir su propia identidad y proyecto. El segundo, cuyas raíces se encuentran en distintos periodos e instancias (movimiento social 1918-1919, juventud militar de 1925, Partido Obrero Socialista, grupo universitario Avance, organizaciones anarquistas, etc), tendrá un rápido proceso de configuración que se desencadenará a partir del golpe revolucionario de 4 de junio de 1932.

Sin embargo, las diferencias no radican solo en ese contexto de perfilamiento e irrupción. Cada cual proviene de un universo político, cultural y filosófico distinto. En el proceso de constitución de la Falange, se manifiesta un grupo de jóvenes católicos conservadores, que, atraídos por las encíclicas papales de León XIII y Pío XI, principalmente, buscan a través de la acción laica un camino de concreción de un cristianismo más pragmático desde el punto de vista del transcurrir de la sociedad. Intrínsecamente está presente allí un grupo homogéneo en su concepción doctrinal y filosófica, que, ligado a la experiencia de otros países (España, especialmente), se insertó en la política a partir de un compromiso fundamentalmente religioso, que habían tenido su primera manifestación en el quehacer público a través de la Acción Católica y del grupo universitario Renovación.

Distinto es el caso del Partido Socialista, al que confluyen diversas visiones del marxismo y del pensamiento social, así como visiones institucionales de raigambre opuesta (por ejemplo. miembros de la Masonería - entre ellos el ex Gran Maestro Eugenio Matte - y miembros de diversas iglesias evangélicas protestantes). Esta heterogenidad no solo se manifiesta en ese contexto, sino que en la proveniencia de grupos que, en muchos casos, poca relación habían tenido entre ellos a través del tiempo.

En la Falange se encuentra un grupo socialmente proveniente de una burguesía media y de estratos de clase media alta, fundamentalmente, en tanto, en el PS se advierte mayor diversidad de grupos sociales, pero que provienen en su mayoría de la pequeña burguesía, de la clase media baja y de las clases trabajadoras (especialmente artesanos, obreros y semi-proletarios de los servicios).

Hasta el segundo lustro de los 40, la Falange Nacional y

el Partido Socialista no tuvieron una relación digna de considerar, que permitiera vislumbrar la cooperación común respecto a la acción política concreta. Por el contrario, durante los años de la administración de Arturo Alessandri, del Frente Popular y del gobierno de Juan Antonio Ríos se mantuvieron en una posición adversa.

Los primeros vestigios de coincidencias en el plano de las políticas comunes se manifiestan con la participación en el Gabinete del Vice Presidente Duhalde de un Ministro falangista (Frei) y un ministro de una fracción escindida del socialismo (el grovista Arriagada). Poco después, previo a las elecciones presidenciales en que resultó elegido González Videla, los falangistas y los grovistas apoyaron la candidatura de Eduardo Cruz Coke, que liderizó un nuevo grupo escindido del Partido Conservador - el Partido Social Cristiano -, y que, dentro del PS tuvo como propugnadores en favor de esa candidatura a Juan Bautista Rossetti (el PS en definitiva, levantó la candidatura de su militante Bernardo Ibañez).

Sin embargo, al poco tiempo, la oposición común a González Videla, permitió la conformación de una alianza parlamentaria entre cuatro partidos, que integró a la Falange Nacional y al Partido Socialista: el FRAS (falangistas, radicales doctrinarios, agrario laboristas y socialistas), y cuya lucha más sobresaliente la dió contra la "ley de defensa de la democracia", es decir, la ley que desató las persecuciones contra los militantes del Partido Comunista.

La división que enfrentó el socialismo a partir de 1948, situó de manera distinta las relaciones que se dieron entre la Falange (y/o el Partido Social Cristiano) con los dos sectores del socialismo, sobre todo a partir de 1951, cuando en el Partido Socialista de Chile fué derrotado el grupo de Rossetti, y cuando el Partido Socialista Popular se adscribió al movimiento ibañista.

La constitución definitiva del PDC (*), en el segundo lustro de los años 50, esbozó lo que sería el liderazgo de Eduardo Frei, y es el momento en que ideológicamente se asimila marcadamente la filosofía de Jacques Maritain y el pensamiento personalista de Mounier.

En ese periodo, previo a las elecciones presidenciales de 1958, hubieron algunas aproximaciones entre la izquierda y el PDC con el fin de perfilar una candidatura común, las que fracasaron básicamente por la persistencia de la DC en prefijar un candidato proveniente de sus filas, y también porque predominó en éste partido la tesis del "camino propio", que recurrentemente ha sido uno de los sesgos más nítidos dentro de las decisiones más relevantes de los demócratas cristianos desde entonces, así como una voluntad de

(*) El PDC se constituye bajo esa denominación poco después de formarse una Federación Social Cristiana entre la FN y el PSC (1955 y 1957, respectivamente). Luego, se incorporaría a este partido, un grupo proveniente del ibañismo: el Partido Nacional Popular -, y en los años 60 un sector del PADENA.

de ejercer hegemonía en el diseño de las probables concertaciones políticas.

La oposición al gobierno de Jorge Alessandri, sin embargo, unió nuevamente a la izquierda y el PDC en el escenario político, sobre todo cuando dentro de éste último se hacen latentes las nuevas doctrinas de la Iglesia Católica, con un marcado énfasis en lo social y en el ecumenismo, producto del Concilio Vaticano II.

Sin embargo, a medida que la derecha tradicional se desperfilaba, la DC fué emergiendo como una fuerza alternativa, coincidente con los lineamientos políticos que orientaban la redefinición de la presencia norteamericana en América Latina, y con el temor a la proliferación de movimientos insurreccionales del mismo cuño al del Movimiento 26 de Julio, triunfante en Cuba bajo el liderazgo del Fidel Castro.

Con un fuerte planteamiento reformista y con un basamento marcadamente anti-marxista, la campaña presidencial de 1964 fué enfrentada por la DC con el apoyo de los sectores tradicionales. Esa campaña constituyó un hito de radicalización de posiciones entre la DC y la izquierda, que dió cuenta de muchas cosas entre ambos sectores (entre ellas la vieja amistad de Allende y Frei), que provocó profundas heridas y que cerró toda posibilidad de coincidencias y buenas relaciones. No es aventurado decir que allí se encuentra uno de los vestigios de lo que sucedería en 1973, al establecerse una virulenta contradicción antagónica entre el partido que gobernaría sin aliados, entre 1964 y 1970, y la izquierda, su principal opositor y sustituto en el periodo siguiente. Tal contradicción, empero, se hizo mas fuerte entre socialistas y demócratas cristianos, sobre todo con los acontecimientos represivos de El Salvador y Puerto Montt, y por los sucesos que caracterizaron el movimiento militar que culminó con el llamado "Tacnazo", donde el PS no se sumó a la defensa del gobierno de Frei (cuestión que no ocurrió con el Partido Comunista, que incluso concurrió a La Moneda a brindar su apoyo al gobierno). De toda la oposición generada en contra el gobierno de Frei, que reunió a todo el espectro político - reiterando que los DC gobernaron con prescindencia de otro apoyo -, la oposición de los socialistas fué la mas radical e inflexible.

Elegido Allende, el PDC asumió la misma posición, y si no fué la mas radical, no cabe duda que fué la mas protagónica. Favoreció esta actitud DC la marginación de sus filas de aquellos sectores mas progresistas que luego formaron el MAPU y la Izquierda Cristiana, y que desde dentro pudieron haber jugado un rol mas decisivo en la búsqueda de coincidencias.

La etapa previa al golpe militar muestra antagonismos demasiado violentos, lo que impidió un resultado político en el diálogo entre el Presidente Allende y Aylwin, efectuado poco antes del derrumbe institucional. Este episodio dramático pone fin a un periodo de confrontaciones entre el PS y el PDC, que se inició en 1958, y cuyas consecuencias no solo afectaron las relaciones interpartidarias, sino también todo el sistema republicano.

2. DOS CONDUCTAS DIFERENTES.

Vale la pena, en cuanto a consideración básica, evaluar lo que han sido, desde el punto de vista conceptual y cultural, las conductas respecto a las relaciones políticas y las alianzas de ambos partidos, donde se advierten notables diferencias.

En éste sentido, obviamente, hay culturas diferentes tanto en los niveles dirigentes como en el de los militantes de base, precisamente por su distinta raigambre, por la propia percepción doctrinal, y la historia respecto a la alianzas, que cada cual a asumido en el tiempo.

El concepto mismo de "relación política", sitúa una opcionalidad que, en general, podemos decir que no es coincidente. Estando en el común entendido de que las relaciones políticas interpartidarias son la aproximación obvia al entendimiento, a la negociación y a las alianzas o coaliciones, ya sea frente a objetivos temporales como a los demás proyección, el énfasis y el carácter de acento episódico dista mucho de confluir respecto a una misma concepción siquiera circunstancial.

Para los socialistas, la alianza política se ve desde un punto de vista mas doctrinal e ideológico. El carácter de la alianza está determinado por una concepción global del carácter mismo del programa y del objetivo socialista. Carácter de la revolución (o del cambio socialista contenido en el proyecto político-social), programa y alianzas, conforman un todo integral. La alianza significa, pues, una correlación de fuerzas con un objetivo específico, sobre todo cuando se trata de plantear un objetivo de carácter estratégico, y en la cultura socialista "estratégico" es el objetivo socialista, adquiriendo carácter "táctico" todo aquello que guarda relación con la temporalidad intermedia e inmediata. De allí que, toda necesidad táctica, obliga a establecer correlaciones de fuerzas favorables en éste contexto temporal, en una situación política específica, reconociendo así el rol de las llamadas "alianzas tácticas", que algunos han tratado de darle categoría perversa, en situación de que la ciencia política discrimina desde un punto de vista epistemológico, perfectamente, entre estadios distintos de proyección política en lo que se refiere a su temporalidad. En consecuencia, para los socialistas las alianzas responden a necesidades distintas, graduadas por la proximidad o distanciamiento del objetivo socialista, adquiriendo carácter de estratégicas o tácticas, en la medida de que las coincidencias vayan siendo positivamente adscritas al objetivo específico.

Para los demócratas cristianos las alianzas tienen un sesgo mucho mas instrumental a la situación política en sí, siendo si se quiere, mucho mas pragmáticos para su estructuración. La alianza política, según esta visión, no puede contener otros objetivos como no sean aquellos necesarios a la propia finalidad del momento político a enfrentar. Ello pone, u obliga a poner, mucho acento en la cuestión de la hegemonía, lo que tensiona excesiva-

mente, la posibilidad de acuerdo y coincidencia. En ese sentido, ciertamente, la política de relaciones políticas de la DC es mucho más ejecutiva, pero de menor continuidad, al manifestarse recurrentemente la pretensión hegemónica que posteriormente confluye hacia el "camino propio", ante la incontinuidad de las coincidencias que impone la cuestión de la hegemonía.

Teniendo presente esas consideraciones, la historia de las relaciones políticas de ambos partidos, plantea un tránsito distinto.

En los años 30, los socialistas participaron activamente en composiciones de fuerzas diversas, pero que responden a una concepción natural a su identidad ideológica: en primer lugar, el Bloque de Izquierda, que reunió a socialistas, radicales socialistas y comunistas trotskistas, producto de una amplia coincidencia en el ámbito del proyecto socialista; luego, se constituye el Frente Popular, que corresponde a una concepción nítidamente táctica, pero conciliada estrechamente con el estratégico, al confluir en una alternativa democrática progresista alternativa al emergente fascismo. En ese periodo, la Falange Nacional incursiona en sus relaciones políticas aún en su espacio germinal.

Los años 40, en tanto, muestran a un socialismo que ya ha estado en el gobierno, que recupera su independencia respecto del Frente Popular, y que incursiona en distintos niveles del quehacer político, a pesar de vivir un periodo de indefiniciones que tuvo momentos bastante dramáticos. Es el periodo, en todo caso, más estéril del PS en cuanto al perfilamiento de sus alianzas, debido, básicamente, a la confusión ideológica y política en que cae el partido luego del quiebre del FP. En tanto, la Falange vive un periodo de irrupción en el escenario político, lo cual le inhibe potenciar alianzas, sobre todo cuando establece una política de disputa hacia el radicalismo, corriente hegemónica del centro político, espacio que el falangismo quiere ganar para sí. Lo único valorable en estos años, en torno al tema que nos ocupa, es la formación del FRAS, que en su calidad de coalición parlamentaria opositora, tiene una naturaleza intrínsecamente temporal.

Sin embargo, en los años 50, el socialismo tiene uno de sus periodos más fructíferos en cuanto a las alianzas y las relaciones políticas. Sus dos sectores en que se encuentra dividido, se manifiestan en correlaciones de fuerzas distintas, pero bastante activas en la política nacional, lo que culminará posteriormente con la conformación del Frente de Acción Popular - FRAP -, que en las elecciones presidenciales de 1958 fue la segunda fuerza política nacional. En ese periodo, ya constituido el PDC como tal, en éste se manifiesta la tesis del "camino propio", que lo hará un partido inmutable a las posibilidades de materializar coincidencias en políticas comunes. Esto se repetirá hasta 1970, sobre todo producto del crecimiento espectacular del PDC entre 1960 y 1965. En éste periodo de crecimiento, el PDC no solo será insensible a relaciones políticas efectivas, sino que, más aún, considerará las alianzas como conspirativas a su proyecto y a la pureza doctrinal de su políti-

ca. Favoreció esta actitud su predominio parlamentario, que en ambas cámaras legislativas mostraba su condición de partido con gran respaldo electoral.

A principios de los 70, la conformación del CODE para oponerse a Allende, es una típica demostración de la concepción instrumental de la alianza para el PDC. Si bien sus perfiles son nítidos desde el punto de vista de lo político, no lo son desde el punto de vista doctrinal.

3. LAS COINCIDENCIAS EN LA LUCHA POR LA DEMOCRACIA.

Por cierto, la realidad que socialistas y demócratas cristianos van a enfrentar a partir del golpe militar de 1973, van a ser muy diferentes. El PS fué, sin lugar a dudas, el partido más perseguido por el nuevo régimen, mientras el PDC oficialmente saludaba el pronunciamiento, aún cuando hubo un grupo de destacados ex dirigentes que declararon su rechazo a éste. La evolución de los hechos posteriores haría aproximarse, sin embargo, a la DC hacia quienes sostenían una actitud opositora franca desde el mismo 11 de septiembre.

Esta actitud opositora abierta, comienza nítidamente con la presidencia de Gabriel Valdés, que responderá no solo a una voluntad de redefinición del rol político del partido, sino también a un ámbito de requerimientos distinto a los que, ideológicamente, se habían expresado en la DC en el sistema democrático que rigió hasta 1973.

Comienza, pues, una línea de coincidencias que progresivamente se expresará en distintos niveles de la concertación política, y que, en lo que se refiere al perfilamiento de la sociedad democrática posible, tiene contenidos que van siendo delineados hacia percepciones que, siendo contradictorias, definitivamente toman un énfasis no antagónico.

El cambio de actitud del PDC no responde solo a un proceso propio a su dinámica, sino que también tiene su contraparte en el planteamiento renovador que surge en el ámbito del socialismo exiliario. Se trata no solo de definir una actitud frente a la dictadura, sino también de establecer coincidencias en el esbozo mismo de un sistema democrático posible, cuando la dictadura sea erradicada del poder. Hay entonces, un dimensionamiento distinto respecto de las relaciones políticas, que se fundan a partir de una valoración común en torno a la democracia como sistema ordenador de la sociedad política.

Se apunta, bajo ésta concepción, hacia un proyecto de recuperación y recomposición democrática, que legitima las contradicciones, pero que limita las posibilidades de antagonismos irreversibles.

El rumbo adquirido en ésta perspectiva, tiene su primer hito incidente en la política chilena con la publicación del Manifiesto Democrático, que resume una decisión declaradamente opositora, y que esboza los lineamientos de ésta nueva relación política del PDC y los socialistas. La

Alianza Democrática obedece, en tanto, a dos concepciones diversas del sentido exacto de esa relación, puesto que el PDC le da un contenido mas proyectivo que lo que opina el socialismo respecto al carácter y objetivos que la AD debe cumplir. Esta distinta visión trae como resultado la marginación definitiva del PS, lo que no pone en riesgo las coincidencias alcanzadas, y cuyos elementos básicos se encuentran delineados específicamente en el Acuerdo Nacional y en las Bases de Sustentación del Régimen Democrático.

Sin duda, a la luz de los resultados y de la experiencia que arrojan las relaciones entre ambos sectores políticos, especialmente en los años 80, se advierten distingos absolutamente nítidos respecto a lo que ambos partidos son y representan en la escena política chilena, pero, ello se hace latente sobre la base de coincidencias que, en el transcurso de su historia no habían podido darse, por circunstancias diversas, algunas de las cuales hemos señalado en éste análisis.

Ello establece posibilidades de optimización de las relaciones mutuas, a pesar de un pasado no lejano de violentos antagonismos, y potencia el rol conductor de ambos en los procesos de recuperación y consolidación democráticos.

4. EL LIDERAZGO DE AYLWIN Y UN NUEVO ACENTO.

Sin discriminar sobre lo que son dos formas de liderazgo y perspectivas distintas, lo cierto es que, analizando los planteamientos de Valdés y Aylwin, se pueden llegar a conclusiones distintas respecto a la cuestión de las relaciones DC-PS.

Como síntesis de la política de la directiva encabezada por Gabriel Valdés, se puede concluir que ésta estableció su relación con los socialistas en términos de una cooperación estrecha en la lucha contra la dictadura, sobre la base de un compromiso en torno al carácter y desarrollo del régimen democrático futuro. Esto implicó pasar por distintos niveles de concertación, buscando resumir el mas amplio arco de fuerzas en favor de una fórmula de salida política.

Empero, el grupo de dirigentes que asume junto a Aylwin en la directiva del PDC, a partir de 1987, representa una visión de fondo distinta, que se fundamenta en lo global, en los mismos criterios que condujeron a la DC por la tesis del "camino propio", y ello puede traer consecuencias inesperadas en el futuro inmediato de las relaciones con el socialismo.

Al respecto, existen dos perspectivas que deben ser analizadas: a) la visión respecto al rol del PDC en la política chilena y su potencialidad presente y futura; y b) el carácter de las relaciones políticas con el socialismo en el presente y en el futuro.

a) el rol del PDC.

En éste contexto hay que verificar la existencia de dos criterios que resaltan nítidamente en la política actual demócrata cristiana, y que los llevan a asumir posiciones absolutas respecto de su inserción en la escena política.

Por un lado está la convicción interna de que son el partido con mayor apoyo electoral, lo que se ve reforzado con los resultados que arrojan los eventos electorales sectoriales (profesores, estudiantes, sindicatos, etc.), y las encuestas que sondan la opinión pública en torno a hipótesis de liderazgo, candidatos o inclinaciones preferenciales de opinión política.

En segundo lugar, está el planeamiento respecto a los actores fácticos de la política chilena, que desde una posición de poder y/o influencia, favorecen o se inclinarían a favorecer al PDC como eje de una fórmula de salida.

Ambos criterios precipitan a su vez dos actitudes de hecho: por un lado, la tesis de la necesaria hegemonía, y por otro, la revitalización de la viabilidad del "camino propio".

El fundamento doctrinal demócrata cristiano y su experiencia política, parecen determinar una línea de conducta que se perfila claramente en algunos sectores del partido, en cuanto a reivindicar la capacidad y un derecho natural a sostener hegemonía sobre otros sectores políticos. Sobre la base del argumento que sensibiliza en torno a la convicción de ser fuerza política de mayoría, o mayoritaria, se tensiona toda relación con otras fuerzas y afectando la fluidez de las concertaciones y la ejecutividad del quehacer de la oposición. Exponente relevante de ésta conducta es, por poner un ejemplo, el llamado sector "renovador", y entre ellos sus personeros Adolfo Zaldivar y Ramón Briones, que han sido inequívocamente exponentes de esta política marcadamente agresiva en esa línea.

La tesis del "camino propio", en tanto, tiene sus raíces en 1958, cuando se fortaleció la opción autónoma, desvirtuando tajantemente la vía de las alianzas en el diseño e implementación de sus objetivos políticos. Esta conducta ha sido recurrente en el PDC desde entonces, sobre todo cuando hay proximidad a definiciones importantes, y cuando se manifiestan tendencias favorables a constituir alianzas con otros partidos, apareciendo un sector contrario que levanta alternativamente la opción propia y viceversa. Esta conducta que predominó con mucha fuerza en el periodo en que el PDC estuvo en el gobierno, y que renació vigorosamente poco después del golpe militar, nuevamente se ha manifestado con énfasis, sobre todo dentro de los grupos "renovador" y la antigua dirigencia más conservadora del partido, quienes asumen la dirección a mediados de éste año. El "camino propio" establece así una impronta basada en discutibles planteamientos políticos circunstanciales, pero también en una justificación doctrinal respecto a la viabilidad de ese camino, que recoge una serie de consideraciones respecto al distingo y la convocatoria

que lo harían "necesariamente único y obligadamente conductor".

b) relaciones con el PS.

El curso de las relaciones en la década presente, marcada profundamente por la lucha contra Pinochet, ha tenido cursos distintos. Pre vio al Manifiesto Democrático es posible advertir un nivel de acercamientos ostensibles, que avanzarán hacia la constitución de la AD, sobre la base de una amplia coincidencia que se advierte profundamente entre el grupo Valdes-Frei y el sector renovacionista del socialismo, respecto a la necesidad de perfilar un modelo democrático determinado.

El énfasis por el que atraviezan esas relaciones, permite incluso divergencias amplias sobre variados temas, pero con un contacto estrecho en el campo de las iniciativas políticas y en el tratamiento de la opción política de salida a la crisis nacional determinada por la presencia de la dictadura pinochetista.

Sin embargo, para un importante sector del PDC, que asumirá posteriormente la conducción del partido, es inevitable plantear la relación con los socialistas desde el punto de vista de la hegemonía. Incluso, para algunos no ha estado lejos la intensión de renovar el fracasado intento hecho con Baudilio Casanova y Waldo Grez, en la década del 60, cuando se trató de dar vida a un socialismo proclive a la política hegemónica de la DC. Esto que, por cierto, no es una actitud oficial del PDC, sí se advierte en dirigentes re levantados que actualmente cumplen labores direccionales.

Los aspectos que hemos señalado brevemente, están constituyendo un problema que amenaza los avances de la lucha democrática y la relación inter-partidaria de ambos, y se han hecho tangibles respecto a dos iniciativas, que están mostrando una brecha que sensiblemente toca en lo directo a los socialistas.

Por un lado, la decisión de la directiva actual del PDC, en cuanto a seguir su proceso de inscripción partidaria, estableciendo una actitud y una decisión al margen de la realidad que afecta al resto de los partidos, y que no están en condiciones de aceptar tal legislación por problemas de fondo. Este hecho afecta la credibilidad en los socialistas respecto de real voluntad de la DC en cuanto a seguir avanzando en la cooperación y la concertación hacia la salida política que el país requiere. La tendencia señalada pone de manifiesto una actitud dual, que instrumentaliza excesivamente el concepto de concertación, y desvirtúa, por sobre todo, la solidaridad política entre las fuerzas democráticas. De hecho, los socialistas han tenido que enfrentar en condiciones muy distintas al régimen dictatorial.

Por otro lado, está la cuestión planteada por el rechazo del PDC a integrar la iniciativa del Partido por la Democracia (PPD), como instancia de aglutinamiento para enfrentar las tareas política del plebiscito. Las consideraciones expuestas por la dirección encabezada por Patricio Aylwin

han sido ciertamente insatisfactorias, toda vez que se ha planteado básicamente una especie de "canasta de requisitos" que van más allá de las necesidades políticas objetivas, y que, al parecer, ignora los acuerdos fundamentales ya refrendados, como son el caso del Acuerdo Nacional y las Bases de Sustentación del Régimen Democrático. Se ignora también lo que son las Medidas Inmediatas, base programática de cualquier gobierno de transición que avance efectivamente hacia la democracia. Por último, no se pone énfasis en la necesidad de pactos complementarios de gobernabilidad, como son los referentes a los derechos humanos, FF.AA., etc.

En síntesis, la actitud de la actual dirección del PDC, debemos reconocerlo, a lo menos, deja una profunda interrogante respecto a su real comprensión en torno a la concertación democrática y al ámbito de relaciones con los socialistas. Por cierto, de mantenerse la actual actitud se tenderá hacia la polémica y hacia un curso de contradicciones que harán de los primeros lances electorales una batalla encarnizada entre ambas fuerzas, con las consecuencias que ello puede tener en el proceso de reconstrucción democrática.

5. EL CARACTER DE LAS RELACIONES Y LA MANIFESTACION DE SU COMPROMISO.

La política chilena está determinada por la presencia de tres tercios perfectamente nítidos, que corresponden a los espacios políticos en que tradicionalmente se ha desarrollado la presencia de los partidos. Esta realidad no variará en adelante en forma sustantiva, como no sea con los porcentajes que correspondan al resultado de los eventos electorales.

Todo indica, en todo caso, que dentro de esos espacios políticos primarán los partidos que en un contexto de compromiso puedan hacer sostenible el régimen democrático posterior a Pinochet. En el centro político el PDC será absolutamente dominante, si no único. En la izquierda, el socialismo mostrará una primacía creciente. La gran interrogante sigue siendo la derecha, por su ligazón invariable con el régimen dictatorial, sea con Pinochet o con los fundamentos políticos de éste. En la derecha solo el PARENA aparece con una opcionalidad más contundente, como expresión partidaria al menos, de la derecha política y económica, pero, su potencialidad electoral dependerá de su despinochetización. Ciertamente, la derecha reemergerá con una disposición democrática más confiable en la medida que exista la decantación que puedan hacer aquellos sectores más comprometidos con el régimen, pero que actualmente están presentes tanto en el PN como en el PARENA, y que no obedecen a la conducta caciquesca que ha predominado tradicionalmente en los partidos de la derecha.

De tal forma que, mientras no se consolide un actor de derecha lo suficientemente matriculado con el proyecto democrático, la responsabilidad global seguirá recayendo en el PDC y en el PS, tanto en lo que se refiera a transición como a la inauguración y continuidad del sistema democrático.

Sin embargo, esto no solo consiste en los compromisos que

hagan posible un nuevo régimen la democracia, sino que también implica dar vida al ejercicio del pluralismo y la alternancia en el poder. Es decir, el futuro de socialistas y demócratas cristianos, está determinado por una responsabilidad que surge de la leal confrontación que ambos deberán tener y que dará vida al ejercicio de la alternancia misma. De tal manera que, la viabilidad de las alianzas entre ambos partidos, no puede exceder a la común y requerible concertación para erradicar la dictadura. Exigir definiciones o compromisos en cuanto a fórmulas de gobierno, es poner el acento en un rumbo que no es el indicado ni a las necesidades objetivas de la transición ni a las necesidades objetivas de sustentación del régimen democrático.

Ambos partidos serán adversarios a partir del término de la transición, y ello es ineludible, porque no se le puede ofrecer democracia a un país sin tener nada que ofrecerle en cuanto a alternativas para elegir en el momento de ejercer la soberanía popular. Lo desastroso para el país sería que cuando se haya recuperado la democracia se le tenga que seguir imponiendo la alternativa entre pinochetismo o los demócratas.

Un gobierno PDC-PS, luego de la transición, sería construir la viabilidad de recomposición del pinochetismo, ante la inexistencia de alternativas en el campo democrático. Aún mas, un gobierno de ambos en la transición pavimentaría muy fácilmente el retorno del pinochetismo. Supongamos que las dificultades que enfrente un gobierno post dictatorial sean tan grandes, y las insuficiencias de allí derivadas hagan perder el apoyo popular a una coalición DC PS, acaso ¿no habría mas camino electoral para los chilenos que mirar hacia los pinochetistas, que luego de despojados del poder por la voluntad del pueblo, maquillados de demócratas, los harían volver en gloria y majestad de la mano de un resultado en las urnas? Y por otro lado, ¿cuál sería el canal dentro de la izquierda para expresar en ese momento una política convocante, con un socialismo desmejorado por la participación en un gobierno con el PDC?

El PDC, por ser actualmente el partido con mayor perspectivas electorales tiene una responsabilidad mayor para ofrecer gobierno, pero, ello no debe consistir en involucrar a los sectores o partidos con su política o con su plataforma de gobierno. Por el contrario, debe considerar que tendrá adversarios que le disputarán el favor popular, y que se encuentran dentro de las fuerzas democráticas. Esto permite garantizar la alternatividad dentro del sistema democrático. Al país hay que decirle, desde ya, "cuando Pinochet se vaya, no solo habrá una alternativa, sino, dos, tres, y UD. podrá elegir la mejor que le parezca".

No se trata entonces, solo de construir una democracia posible, sino que también consolidar los actores del pluralismo y de la alternancia, proponer desde ya las alternativas.

6. CONCLUSION.

El proyecto socialista que ha postulado históricamente el PS en Chile, consiste en un objetivo democrático basado en una república de trabajadores, cuyo contenido transformador es intrínsecamente revolucionario y autónomo. En esa perspectiva, juzga la democracia como un sistema insustituible de convivencia social, a través de la cual es posible realizar cambios sustantivos y estructurales, que pongan fin a la explotación del hombre por el hombre, a la miseria, a la injusticia y a la dependencia nacional.

La República Democrática de Trabajadores, que el socialismo propone al país como camino de recomposición institucional, política, social y cultural, pone un acento básico en el sistema democrático desde la perspectiva social mas plena.

Desde una visión chilena, específica, del marxismo, propone al país un sistema de ordenamiento social, que, superando el capitalismo y la dependencia, logre dar formas pre-socialistas, considerando los diversos factores determinados por la formación capitalista chilena y por el desarrollo de las fuerzas productivas.

La DC, en tanto, postula un proyecto reformista, no siempre preciso en sus perfiles, que no plantea una alternativa global de sociedad, producto de su condición de partido centrista, sino que se basa en una propuesta puntual frente al objetivo político de cada periodo; de tal forma que, si bien en una etapa puede plantear objetivos radicalizados de reformas (como en el caso de la candidatura Tomic en 1970), en otros casos puede plantear objetivos bastante conservadores y opuestos a las reformas.

Estas dos opciones determinarán, sin lugar a dudas, siguiendo una tendencia advertible en muchos países, que la DC tenderá por lo general a ocupar un espacio de centro, que oscilará ocasionalmente hacia la centro-derecha, en tanto, el socialismo ocupará su espacio de izquierda con alcances hacia el centro, en la medida que la DC opte por políticas mas conservadoras.

Considerando estos factores, y los anteriormente anotados, las relaciones PS-PDC, deben basarse esencialmente en los siguientes factores:

- 1.- Reconocimiento a las diversidades ideológicas y doctrinales, que establecen concepciones distintas frente a las categorías políticas, lo cual crea formas de cultura política contradictorias en el campo del análisis y del diagnóstico político.
- 2.- Solidaridad estrecha entre los partidos democráticos frente a la legislación dictatorial, sobre todo el lo que se refiere a las leyes políticas.
- 3.- Compromiso estrecho en cuanto a la voluntad y decisión de sustentar el proceso de transición y el régimen democrático.

- 4.- Constitución de amplias alianzas en el campo del objetivo democrático, sobre la base de una ya delimitada opción de salida política, esto es, alianza por y para el sistema democrático, y autonomía en cuanto a la conducción administrativa del sistema, es decir, en lo que se refiere al gobierno democrático.
- 5.- Centralización de los esfuerzos en la lucha por elecciones libres y el ejercicio de la soberanía popular.
- 6.- Hacer de la convocatoria a plebiscito por parte del actual régimen una jornada de movilización por la democracia y elecciones libres.
- 7.- Designación de un líder de la oposición lo suficientemente representativo de los sectores democráticos, que eventualmente pueda conducir un gobierno de coalición nacional que restablezca la democracia, y cuyo programa básico sean las Medidas Inmediatas del Acuerdo Nacional.

Santiago, 30 de noviembre de 1987.-